

# Romances

Luis de Góngora (1561-1627)

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

# Romances

Luis de Góngora (1561-1627)

## Angélica y Medoro

En un pastoral albergue  
que la guerra entre unos robles  
lo dexó por escondido  
o lo perdonó por pobre;

do la paz viste pellico  
y conduce entre pastores  
ovejas del monte al llano  
y cabras del llano al monte,

mal herido y bien curado,  
se alberga un dichoso joven  
que sin clavarle amor flecha  
le coronó de favores.

Las venas con poca sangre,  
los ojos con mucha noche,  
lo halló en el campo aquella  
vida y muerte de los hombres.

Del palafrén se derriba,  
no porque al moro conoce,  
sino por ver que la yerba  
tanta sangre paga en flores.

Límpiale el rostro, y la mano  
siente al Amor que se esconde  
tras las rosas, que la muerte  
va violando sus colores.



Luis de Góngora y Argote (Córdoba, 11 de julio de 1561 – ibídem, 23 de mayo de 1627) fue un poeta y dramaturgo español del Siglo de Oro, máximo exponente de la corriente literaria conocida, más tarde y con simplificación perpetuada a lo largo de siglos, como culteranismo o gongorismo, cuya obra será imitada tanto en su siglo como en los siglos posteriores en Europa y América. Como si se tratara de un clásico latino, sus obras fueron objeto de exégesis ya en su misma época.

- Más obras de Luis de Góngora
- Biografía del autor
- Descarga Ebooks

Escondióse tras las rosas,  
porque labren sus arpones  
el diamante del Catay  
con aquella sangre noble.

Ya le regala los ojos,  
ya le entra, sin ver por dónde,  
una piedad mal nacida  
entre dulces escorpiones.

Ya es herido el pedernal,  
ya despide el primer golpe  
centellas de agua, ¡oh piedad!,  
hija de padres traidores.

Yervas le aplica a sus llagas,  
que si no sanan entonces  
en virtud de tales manos  
lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,  
mas ella sus velos rompe  
para ligar sus heridas;  
los rayos del sol perdonen.

Los últimos nudos daba  
cuando el cielo la socorre  
de un villano en una yegua  
que iba penetrando el bosque.

Enfrénanle de la bella  
las tristes piadosas voces,  
que los firmes troncos mueven  
y las sordas piedras oyen;

y la que mejor se halla  
en las selvas que en la corte,  
simple bondad, al pío ruego  
cortésmente corresponde.

Humilde se apea el villano

y sobre la yegua pone  
un cuerpo con poca sangre,  
pero con dos corazones.

A su cabaña los guía,  
que el sol deja su horizonte  
y el humo de su cabaña  
le va sirviendo de norte.

Llegaron temprano a ella  
do una labradora acoge  
un mal vivo con dos almas,  
una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma  
para lecho les compone,  
que será tálamo luego  
do el garzón sus dichas logre.

Las manos, pues, cuyos dedos  
desta vida fueron dioses,  
restituyen a Medoro  
salud nueva, fuerzas dobles,

y le entregan, cuando menos,  
su beldad y un reino en dote,  
segunda envidia de Marte,  
primera dicha de Adonis.

Corona un lascivo enjambre  
de cupidillos menores  
la choza; bien como abejas,  
hueco tronco de alcornoque.

¡Qué de nudos le está dando  
a un áspid la envidia torpe,  
contando de las palomas  
los arrullos gemidores!

¡Qué bien la destierra Amor,  
haciendo la cuerda zote,

porque el caso no se infame  
y el lugar no se inficione!

Todo es gala el africano,  
su vestido espira olores,  
el lunado arco suspende  
y el corvo alfange depone.

Tórtolas enamoradas  
son sus rancos atambores  
y los volantes de Venus  
sus bien seguidos pendones.

Desnuda el pecho anda ella;  
vuela el cabello sin orden;  
si lo abrocha, es con claveles,  
con jazmines si lo coge.

El pie calza en lazos de oro  
porque la nieve se goce,  
y no se vaya por pies  
la hermosura del orbe.

Todo sirve a los amantes,  
plumas les baten veloces,  
airecillos lisonjeros,  
si no son murmuradores.

Los campos les dan alfombras,  
los árboles pabellones,  
la apacible fuente sueño,  
música los ruiseñores.

Los troncos les dan cortezas  
en que se guarden sus nombres  
mejor que en tablas de mármol  
o que en láminas de bronce.

No hay verde fresno sin letra,  
ni blanco chopo sin mote;  
si un valle Angélica suena,

otro Angélica responde.

Cuevas do el silencio apenas  
deja que sombras las moren,  
profanan con sus abrazos  
a pesar de sus horrores.

Choza, pues, tálamo y lecho,  
contestes destos amores,  
el cielo os guarde, si puede,  
de las locuras del conde.

## Amarrado al duro banco

Amarrado al duro banco  
De una galera turquesca,  
Ambas manos en el remo  
Y ambos ojos en la tierra,

Un forzado de Dragut  
En la playa de Marbella  
Se quejaba al ronco son  
Del remo y de la cadena:

«¡Oh sagrado mar de España,  
Famosa playa serena,  
Teatro donde se han hecho  
Cien mil navales tragedias!,

»Pues eres tú el mismo mar  
Que con tus crecientes besas  
Las murallas de mi patria,  
Coronadas y soberbias,

»Tráeme nuevas de mi esposa,  
Y dime si han sido ciertas  
Las lágrimas y suspiros  
Que me dice por sus letras;

»Porque si es verdad que llora  
Mi captiverio en tu arena,  
Bien puedes al mar del Sur  
Vencer en lucientes perlas.

»Dame ya, sagrado mar,  
A mis demandas respuesta,  
Que bien puedes, si es verdad  
Que las aguas tienen lengua,

»Pero, pues no me respondes,  
Sin duda alguna que es muerta,  
Aunque no lo debe ser,  
Pues que vivo yo en su ausencia.

»¡Pues he vivido diez años  
Sin libertad y sin ella,  
Siempre al remo condenado  
A nadie matarán penas!»

En esto se descubrieron  
De la Religión seis velas,  
Y el cómitre mandó usar  
Al forzado de su fuerza.

## Entre los sueltos caballos

Entre los sueltos caballos  
de los vencidos Zenetes,  
que por el campo buscaban,  
entre lo rojo lo verde,  
aquel español de Orán  
un suelto caballo prende,  
por sus relinchos lozano  
y por sus cerneas fuerte  
para que lo lleve a él  
y a un moro cautivo lleve,  
que es uno que ha cautivado,  
capitán de cien Zenetes.

En el ligero caballo  
suben ambos, y él parece  
de cuatro espuelas herido,  
que cuatro vientos lo mueven.

Triste camina al alarbe,  
y lo más bajo que puede  
ardientes suspiros lanza  
y amargas lágrimas vierte.

Admirado el español  
de ver cada vez que vuelve  
que tan tiernamente llore  
quien tan duramente hiere,  
con razones le pregunta,  
comedidas y corteses,  
de sus suspiros la causa,  
si la causa lo consiente.

El cautivo como tal,  
sin excusarlo obedece,  
y a su piadosa demanda  
satisface desta suerte:  
“Valiente eres capitán,  
y cortés como valiente,  
por tu espada y por tu trato  
me has cautivado dos veces.  
“Preguntado me has la causa  
de mis suspiros ardientes,  
y débote la respuesta  
por quien soy y por quien eres

“Yo nací en Gelves el año  
que os perdisteis en los Gelves,  
de una berberisca noble  
y de un turco mata-siete.

“En Tremecén me crié  
con mi madre y mis parientes  
después que murió mi padre,  
corsario de tres bajeles.

Junto a mi casa vivía  
porque más cerca muriese,  
una dama del linaje  
de los noble Melioneses.

“Extremo de las hermosas,

cuando no de las crueles,  
hija al fin de estas arenas  
engendradoras de sierpes.

“Era tal su hermosura,  
que se hallarían claveles  
más ciertos en sus dos labios  
que en los dos floridos meses.

“Cada vez que la miraba  
salía el sol por su frente,  
de tantos rayos vestido  
cuantos cabellos contiene.

“Juntos así nos criamos,  
y Amor en nuestras niñeces  
hirió nuestros corazones  
con arpones diferentes.

“Labró el oro en mis entrañas  
dulces lazos, tiernas redes,  
mientras el plomo en las tuyas  
libertades y desdenes.

“Mas, ya la razón sujeta,  
con palabras me requiere  
que su crueldad perdone  
y de su beldad me acuerde;

“y apenas vide trocada  
la dureza de esta sierpe,  
cuando tú me cautivaste:  
mira si es bien que lamente.

“Esta, español es la causa  
que a llanto pudo moverme;  
mira si es razón que llore  
tantos males juntamente”

Conmovido el capitán  
de las lágrimas que vierte,  
parando el veloz caballo,  
que paren sus males quiere.

“Gallardo moro, le dice,  
si adoras como refieres,  
y si como dices amas,  
dichosamente padeces.

“¿Quién pudiera imaginar  
viendo tus golpes tan crueles,

que cupiera alma tan tierna  
 en pecho tan duro y fuerte?.

“Si eres del Amor cautivo,  
 desde aquí puedes volverte;  
 que me pedirán por robo  
 lo que entendí que era suerte.

“Y no quiero por rescate  
 que tu dama me presente  
 ni las alfombras más finas  
 ni las granas más alegres.

“Anda con Dios, sufre y ama,  
 y vivirás si lo hicieres,  
 con tal que cuando la veas  
 pido que de mí te acuerdes,”

Apeóse del caballo,  
 y el moro tras él descende,  
 y por el suelo postrado,  
 la boca a sus pies ofrece.

“Vivas mil años, le dice,  
 noble capitán valiente,  
 que ganas más con librarme  
 que ganaste con prenderme.

“Alá se quede contigo  
 y te dé victoria siempre  
 para que extiendas tu fama  
 con hechos tan excelentes.”

## Fábula de Píramo y Tisbe

La ciudad de Babilonia  
 --famosa, no por sus muros--  
 (fuesen de tierra cocidos  
 o sean de tierra crudos),  
 sino por los dos amantes,  
 desdichados hijos suyos,  
 que, muertos, y en un estoque,  
 han peregrinado el mundo--  
 citarista dulce, hija  
 del Archipoeta rubio,

si al brazo de mi instrumento  
le solicitas el pulso,  
digno sujeto será  
de las orejas del vulgo:  
popular aplauso quiero;  
perdónenme sus tribuneros.  
Píramo fueron y Tisbe,  
los que en verso hizo culto  
el licenciado Nasón  
(bien romo o bien narigudo)  
dejar el dulce candor  
lastimosamente oscuro  
al que túmulo de seda  
fue de los dos casquilucios  
moral que los hospedó;  
y fue condenado al punto,  
si del Tigris no en raíces,  
de los amantes en frutos.  
Estos, pues, dos babilonios  
vecinos nacieron mucho  
y tanto, que una pared  
de oídos no muy agudos  
en los años de su infancia  
oyó a las cunas los tumbos,  
a los niños los gorjeos  
y a las amas los arrullos.  
Oyólos, y aquellos días  
tan bien la audiencia le supo,  
que años después se hizo  
rajas en servicio suyo.  
En el ínterin nos digan  
los mal formados rasguños  
de los pinceles de un ganso  
sus dos hermosos dibujos.  
Terso marfil su esplendor,  
no sin modestia, interpuso  
entre las ondas de un sol  
y la luz de dos carbunclos.  
Libertad dice llorada  
el corvo süave luto  
de unas cejas, cuyos arcos

no serenaron diluvios.  
Luciente cristal lascivo  
(la tez, digo, de su vulto)  
vaso era de claveles  
y de jazmines confusos.  
Arbitro de tantas flores  
lugar el olfato obtuvo  
en forma no de nariz,  
sino de un blanco almendruco.  
Un rubí concede o niega,  
según alternar le plugo,  
entre veinte perlas netas  
doce aljófares menudos.  
De plata bruñida era  
proporcionado cañuto,  
el órgano de la voz,  
la cerbatana del gusto.  
Las pechugas, si hubo fénix,  
suyas son; si no la hubo,  
de los jardines de Venus  
pomos eran no maduros.  
El etcoetera es de mármol,  
cuyos relieves ocultos  
ultraje mórbido hicieran  
a los divinos desnudos  
la vez que se vistió Paris  
la garnacha de Licurgo  
cuando Palas por vellosa  
y por zamba perdió Juno.  
A ésta desde el glorioso  
umbral de su primer lustro  
niña la estimó el Amor  
de los ojos que no tuvo.  
Creció deidad, creció invidia  
de un sexo y otro. ¿Qué mucho  
que la fe erigiese aras  
a quien la emulación culto?  
Tantas veces de los templos  
a sus posadas redujo  
sin libertad los galanes  
y las damas sin orgullo,

que viendo quien la vistió  
(nueve meses que la trujo)  
de terciopelo de tripa  
su peligro en los concursos,  
las reliquias de Tisbica  
engastó en lo más recluso  
de su retrete, negado  
aun a los átomos puros.  
¡O Píramo lo que hace,  
joveneto ya robusto,  
que sin alas podía ser  
hijo de Venus segundo!  
Narciso, no el de las flores  
pompa, que vocal sepulcro  
construyó a su boboncilla  
en el valle más profundo,  
sino un Adonis caldeo  
ni jarifo, ni membrudo  
que traía las orejas  
en las jaulas de dos tufos.  
Su copetazo pelusa,  
si tafetán su testuzo;  
sus mejillas mucho raso;  
su bozo poco velludo.  
Dos espadas eran negras  
a lo dulcemente rufo  
sus cejas, que las doblaron  
dos estocadas de puño.  
Al fin en Píramo quiso  
encarnar Cupido un chuzo,  
el mejor de su armería,  
con la herramienta al uso.  
Este, pues, era el vecino,  
el amante y aun el cuyo  
de la tórtola doncella  
gemidora a lo viudo:  
que de las penas de amor  
encarecimiento es sumo  
escuchar ondas sediento  
quien siente frutas ayuno.  
Intimidado el entredicho

de un ladrillo y otro duro,  
llorando Píramo estaba  
apartamientos conjuntos,  
cuando fatal carabela  
(émula, mas no del humo  
en los corsos repetidos)  
aferró puerto seguro;  
familiar tapetada  
que, aun a pesar de lo adusto,  
alba fue, y Alba a quien debe  
tantos solares anuncios.  
Calificarle sus pasas  
a fuer de Aurora propuso,  
los Críticos me perdonen  
si dijere con ligustros.  
Abrazóle sobarcada  
--y no de clavos malucos--  
en nombre del azucena,  
desmentidora del tufo,  
siendo aforismo aguileño,  
que matar basta a un difunto  
cualquier olor de costado,  
o sea morcillo o rucio.  
Al estoraque de Congo  
volvamos, Dios en ayuso,  
a la que cuatro de a ocho  
argentaron el pantuflo.  
Avispa con libramiento  
no voló como ella anduvo;  
menos un torno responde  
a los devotos impulsos,  
que la mulata se gira  
a los pensamientos mudos.  
¡O destino inducior  
de lo que has de ser verdugo!  
Un día que subió Tisbe,  
humedeciendo discursos,  
a enjugarlos en la cuerda  
de un inquieto columpio,  
halló en el desván acaso  
una rima que compuso

la pared sin ser poeta,  
más clara que las de alguno.  
Había la noche antes  
soñado sus infortunios;  
y, viendo el resquicio entonces,  
-Esta es, dijo, no dudo;  
ésta es, Píramo, la herida  
que en aquel sueño importuno  
abrió dos veces el mío  
cuando una el pecho tuyo.  
La fe que se debe a sueños  
y a celestiales influjos  
bien lo dice de mi aya  
el incrédulo repulgo.  
¿Lo que he visto a ojos cerrados  
más auténtico presumo  
que del amor que conozco  
los favores que descubro?  
Efecto improviso es,  
no de los años diuturno,  
sino de un niño en lo flaco  
y de un dios en lo oportuno.  
Pared que nació conmigo,  
del amor sólo el estudio,  
no la fuerza de la edad,  
desatar sus piedras pudo.  
Mas ¡ay! que taladró niño  
lo que dilatara astuto;  
que no poco daño a Troya  
breve portillo introdujo.  
La vista que nos dispensa  
le desmienta el atributo  
de ciego en la que le ata  
ociosa venda el abuso.  
Llegó en esto la morena,  
los talares de Mercurio  
calzada en la diligencia  
de diez argentados puntos,  
y, viendo extinguidos ya  
sus poderes absolutos  
por el hijo de la tapia,

que tendrá veces de Nuncio,  
si distinguirse podía  
la turbación de lo turbio,  
su ejercicio ya frustrado  
le dejó el ébano sucio.  
Otorgó al fin el infausto  
abocamiento futuro  
y, citando la otra parte,  
sus mismo autos repuso.  
Con la pestaña de un lince  
barrenando estaba el muro,  
si no adormeciendo Argos  
de la suegra substitutos,  
cuando Píramo, citado,  
telares rompiendo inmundos  
que la émula de Palas  
dio a los divinos insultos,  
-Barco ya de vistas, dijo,  
angosto no, sino augusto,  
que, velas hecho tu lastre,  
nadas más cuando más surto,  
poco espacio me concedes;  
mas basta, que a Palinuro  
mucho mar le dejó ver  
el primero breve surco.  
Si a un leño conductor  
de la conquista o del hurto  
de una piel fueron los dioses  
remuneradores justos,  
a un bajel que pisa inmóvil  
un Mediterráneo enjuto  
con los suspiros de un sol  
bien le deberán coluros.  
Tus bordes beso piloto,  
ya que no tu quilla buzo,  
si revocando mi voz,  
favorecieses mi asunto.  
Dando luego a sus deseos  
el tiempo más oportuno,  
frecuentaban el desván,  
escuela ya de sus cursos.

Lirones siempre de Febo,  
si de Dïana lechuzos,  
se bebían las palabras  
en el polvo del conducto.  
¡Cuántas veces impaciente  
metió el brazo, que no cupo,  
el garzón, y lo atentado  
le revocaron por nulo!  
¡Cuántas el impedimento  
acusaron de consuno,  
al pozo que es de por medio,  
si no se besan los cubos!  
Orador Píramo entonces,  
las armas jugó de Tulio,  
que no hay áspid vigilante  
a poderosos conjuros.  
Amor, que los asistía,  
el vergonzoso capullo  
desnudó a la virgen rosa  
que desprecia el tirio jugo.  
Abrió su esplendor la boba  
y a seguillo se dispuso:  
¡trágica resolución,  
digna de mayor coturno!  
Medianoche era por filo  
--hora que el farol nocturno,  
reventando de muy casto,  
campaba de muy sañudo--  
cuando, tropezando Tisbe,  
a la calle dio el pie zurdo,  
de no pocos endecheda  
caniculares aúllos.  
Dejó la ciudad de Nino  
y, al salir, funesto buho  
alcándara hizo umbrosa  
un verdinegro aceituno.  
Sus pasos dirigió donde  
por la boca de dos brutos  
tres o cuatro siglos ha  
que está escupiendo Neptuno.  
Cansada llegó a su margen,

a pesar del abril, mustio;  
y, lagrimosa, la fuente  
enronqueció su murmurio.  
Olmo, que en jóvenes hojas  
disimula años adultos,  
de su vid florida entonces  
en los más lascivos nudos,  
un rayo sin escuderos  
o de luz o de tumulto  
le desvaneció la pompa  
y el tálamo descompuso.  
No fue nada: a cien lejías  
dio ceniza. ¡O cielo injusto,  
si tremendo en el castigo,  
portentoso en el indulto!  
La planta más convecina  
quedó verde; el seco junco  
ignoró aun lo más ardiente  
del acelerado incurso.  
Cintia caló el papahigo  
a todo su plenilunio  
de temores velloríes,  
que ella dice que son nublos.  
Tisbe entre pavores tantos  
solicitando refugios,  
a las ruínas apela  
de un edificio caduco.  
Ejecutarlo quería  
cuando la selva produjo  
del egipcio o del tebano  
un cleoneo triunfo,  
que en un prójimo cebado  
(no sé si merino [o] burdo),  
babeando sangre, hizo  
el cristal líquido impuro.  
Temerosa de la fiera  
aun más que del estornudo  
de Júpiter, puesto que  
sobresalto fue machucho,  
huye, perdiendo en la fuga  
el manto: ¡fatal descuido

que protonecio hará  
al señor Piramiburro!  
A los estragos se acoge  
de aquel antiguo reducto,  
noble ya edificio, agora  
jurisdicción de Vertumno.  
Alondra no con la tierra  
se cosió al menor barrunto  
de esmerjón como la triste  
con el tronco de un saúco.  
Bebió la fiera, dejando  
torpemente rubicundo  
el cendal que fue de Tisbe,  
y el bosque penetró inculto.  
En esto llegó el tardón,  
que la ronda le detuvo  
sobre quitarle el que fue,  
aun envainado, verdugo.---  
Llegó, pisando cenizas  
del lastimoso trasunto  
de sus bodas, a la fuente,  
al término constituto;  
y, no hallando la moza,  
entre ronco y tartamudo  
se enjaguó con sus palabras,  
regulador de minutos.  
De su alma la mitad  
cita a voces, mas sin fruto,  
que socarrón se las niega  
el eco más campanudo.  
Troncos examina huecos,  
mas no le ofrece ninguno  
el panal que solicita  
en aquellos senos rudos.  
Madama Luna a este tiempo  
a petición de Saturno  
el velo corrió al melindre  
y el papahigo depuso  
para leer los testigos  
del proceso ya concluso,  
que publicar mandó el hado

cuál más, cuál menos perjuro:  
las huellas cuadrupedales  
del coronado avernucio,  
que a esta sazón bramando,  
tocó a vísperas de susto;  
las espumas que la hierba  
más sangrientas las expuso,  
que el signo las babeó,  
rugiente pompa de julio;  
indignamente estragados  
los pedazos mal difusos  
del velo de su retablo,  
que ya de sus duelos juzgo.  
Violos y, al reconocerlos,  
mármol obediente al duro  
cincel de Lisipo, tanto  
no ya desmintió lo esculto  
como Píramo lo vivo,  
pendiente en un pie a lo grullo,  
sombra hecho de sí mismo,  
con facultades de bulto.  
Las señas repite falsas  
del engaño a que le indujo  
su fortuna, contra quien  
ni lanza vale ni escudo.  
Esparcidos imagina  
por el fragoso arcabuco  
(ebúrneos diré, o divinos?  
Divinos digo y ebúrneos.)  
los bellos miembros de Tisbe;  
y aquí otra vez se traspuso,  
fatigando a Praxiteles  
sobre copiallo de estuco.  
La Parca, en esto, las manos  
en la rueca y en el huso,  
como dicen, y los ojos  
en el vital estatuto,  
inexorable sonó  
la dura tijera, a cuyo  
mortal son Píramo, vuelto  
del parasismo profundo,

el acero que Vulcano  
templó en venenosos zumos,  
eficazmente mortales  
y mágicamente infusos,  
valeroso desnudó  
y no como el otro Mucio  
asó entrépido la mano,  
sino el asador tradujo  
por el pecho a las espaldas.

¡O tantas veces insulso  
cuantas vueltas a tu hierro  
los siglos dieran futuros!  
¿Tan mal te olía la vida?  
¡Oh bien hi de puta, puto  
el que sobre tu cabeza  
pusiera un cuerno de juro!

De violas coronada  
la Aurora salió con zuño,  
cuando un gemido de a ocho  
--aunque mal distinto el cuño--,  
cual engañada avecilla  
de cautivo contrapunto  
a implicarse desalada  
en la hermana del engrudo,  
la llevó donde el cuitado  
en su postrimero turno  
desperdiciaba la sangre  
que recibió por embudo.

Ofrécele su regazo  
--y yo le ofrezco en su muslo  
desplumadas las delicias  
del pájaro de Catulo.

En cuanto boca con boca  
confitándole disgustos  
y heredándole aun los trastos  
menos vitales estuvo,  
expiró al fin en sus labios;  
y ella, con semblante enjuto  
que pudiera por sereno  
acatarrar a un centurio  
con todo su morrion,

haciendo el alma trabuco  
de un 'jay!', se caló en la espada  
aquella vez que le cupo.  
Pródigo desató el hierro,  
si crüel, un largo flujo  
de rubíes de Ceilán  
sobre esmeraldas de Muso.  
Hermosa quedó la muerte  
en los lilios amatuntos,  
que salpicó dulce hielo,  
que tiño palor venusto.  
Lloraron con el Eufrates  
no sólo el fiero Danubio,  
el siempre Araxes flechero  
--cuando parto y cuando turco--,  
mas con su llanto lavaron  
el Bucentoro d'ürno,  
cuando sale, el Ganges loro;  
cuando vuelve, el Tajo rubio.  
El blanco moral, de cuanto  
humor se bebió purpúreo,  
sabrosos granates fueron  
o testimonio o tributo.  
Sus muy reverendos padres,  
arrastrando luengos lutos  
con más colas que cometas,  
con más pendientes que pulpos,  
jaspes (y de más colores  
que un áulico disimulo)  
ocuparon en su huesa,  
que el siro llama sepulcro;  
aunque es tradición constante,  
si los tiempos no confundo  
(de cronólogos, me atengo  
al que calzare más justo),  
que ascendiente pío de aquel  
desvanecido Nabuco,  
que pació el campo medio hombre,  
medio fiero y todo mulo,  
en urna dejó decente  
los nobles polvos inclusos,

que absolvieron de ser huesos  
cinamomo y calambuco;  
y en letras de oro: "Aquí yacen  
individualmente juntos,  
a pesar del amor, dos;  
a pesar del número, uno."

## Hermana Marica

Hermana Marica,  
mañana, que es fiesta,  
no irás tú a la amiga  
ni yo iré a la escuela.

Pondráste el corpiño,  
y la saya buena,  
cabezón labrado,  
toca y albanega;

y a mí me pondrán  
mi camisa nueva,  
sayo de palmilla,  
calza de estameña.

Y si hace bueno  
traeré la montera,  
que me dio la Pascua  
mi señora agüela.

Y el estatal rojo,  
con lo que le cuelga,  
que trajo el vecino  
cuando fue a la feria.

Iremos a misa,  
veremos la iglesia,  
darános un cuarto,  
mi tía la ollera.

Compraremos dél  
(que nadie lo sepa)  
chochos y garbanzos  
para la merienda.

Y en la tardecica  
en nuestra plazuela,  
jugaré yo al toro  
y tú a las muñecas,

con las dos hermanas  
Juana y Madalena,  
y las dos primillas  
Marica y la Tuerta.

Y si quiere madre  
dar las castañetas,  
podrás tanto dello  
bailar en la puerta.

Y al son del adufe  
cantará Andregüela:  
«No me aprovecharon,  
madre, las yerbas.»

Y yo de papel  
haré una librea,  
teñida de moras,  
porque bien parezca.

Y una caperuza  
con muchas almenas;  
pondré por penacho  
las dos plumas negras

del rabo del gallo  
que acullá en la huerta  
anaranjeamos  
las Carnestolendas.

Y en la caña larga  
pondré una bandera,  
con dos borlas blancas  
en sus tranzaderas.

Y en mi caballito  
pondré una cabeza  
de guadamecí,  
dos hilos por riendas.

Y entraré en la calle  
haciendo corvetas  
yo y otros del barrio,  
que son más de treinta.

Jugaremos cañas  
junto a la plazuela  
porque Barbolilla  
salga acá y nos vea.

Barbola, la hija  
de la panadera,  
la que suele darme  
tortas con manteca.

Porque algunas veces  
hacemos, yo y ella,  
las bellaquerías  
detrás de la puerta.

## La más bella niña

La más bella niña  
de nuestro lugar,  
hoy viuda y sola  
y ayer por casar,  
viendo que sus ojos  
a la guerra van,  
a su madre dice

que escucha su mal:  
*Dexadme llorar,*  
*orillas del mar.*

Pues me distes, madre,  
en tan tierna edad  
tan corto el placer,  
tan largo el penar,  
y me cautivastes  
de quien hoy de va  
y lleva las llaves  
de mi libertad.  
*Dexadme llorar,*  
*orillas del mar.*

En llorar conviertan  
mis ojos de hoy más  
el sabroso oficio  
del dulce mirar,  
pues que no se pueden  
mejor ocurpar  
yendose a la guerra  
quien era mi paz.  
*Dexadme llorar,*  
*orillas del mar.*

No me pongáis freno  
ni queráis culpar,  
que lo uno es justo,  
lo otro por demás.  
Si me queréis bien  
no me hagáis mal;  
harto peor fue  
morir y callar.  
*Dexadme llorar,*  
*orillas del mar.*

Dulce madre mía,  
¿quién no llorará,  
aunque tenga el pecho  
como un pedernal,

y no dará voces  
 viendo marchitar  
 los más verdes años  
 de mi mocedad?  
*Dexadme llorar,  
 orillas del mar.*

Váyanse las noche,  
 pues ido se han  
 los ojos que hacían  
 los míos velar;  
 váyanse, y no vean  
 tanta soledad  
 después que en mi lecho  
 sobra la mitad.  
*Dexadme llorar,  
 orillas del mar.*

## Por una negra señora

Por una negra señora  
 un negro galán doliente  
 negras lágrimas derrama  
 de un negro pecho que tiene.

Hablóla un negra noche,  
 y tan negra que parece  
 que de su negra pasión  
 el negro luto le viene.

Lleva una negra guitarra,  
 negras las cuerdas que tiene,  
 negras también las clavijas,  
 pues negro es el que las tuerce.

--"Negras pascuas me dé Dios,  
 si más negros no me tienen  
 los negros amores tuyos  
 que el negro color de allende.

Un negro favor te pido,  
 si negros favores vendes,  
 y sí con negros favores  
 un negro pagarse debe."

La negra señora entonces,  
 entafada del negrete,  
 con estas negras razones  
 al galán negro entristece:

--"Vaya muy en hora negra  
 el negro que tal pretende,  
 que para galanes negros  
 se hicieron negros desdenes."

El negro señor entonces,  
 no queriendo ennegrecerse  
 más de lo negro, quitóse  
 el negro sombrero y fuese.

## Servía en Orán al rey

Servía en Orán al rey  
 Un español con dos lanzas,  
 y con el alma y la vida  
 a una gallarda africana,  
 tan noble como hermosa,  
 tan amante como amada,  
 con quien estaba una noche  
 cuando tocaron al arma.  
 Trescientos Zenetes eran  
 deste rebato la causa;  
 que los rayos de la luna  
 descubrieron las adargas;  
 las adargas avisaron  
 a las mudas atalayas  
 las atalayas los fuegos  
 los fuegos y las campanas;  
 y ellas al enamorado,  
 que en los brazos de su dama

oyó el militar estruendo  
 de las trompas y las cajas  
 Espuelas de honor le pican  
 y freno de amor le para;  
 no salir es cobardía  
 ingratitud es dejalla  
 Del cuello pendiente ella,  
 viéndole tomar la espada,  
 con lágrimas y suspiros  
 le dice aquestas palabras:  
 "Salid al campo señor,  
 bañen mis ojos la cama,  
 que ella me será también,  
 sin vos, campo de batalla  
 "Vestíos y salid apriesa,  
 que el general os aguarda;  
 yo os hago a mucha sobra  
 y vos a él mucha falta  
 "Bien podéis salir desnudo,  
 pues mi llanto no os ablanda;  
 que tenéis de acero el pecho  
 y no habeis menester armas  
 Viendo el español brioso  
 cuánto le detiene y habla,  
 le dice así: "Mi señora  
 tan dulce como enojada,  
 porque con honra y amor  
 yo me quede cumpla y vaya;  
 vaya a los moros el cuerpo,  
 y quede con vos el alma.  
 "Concededme dueña mía,  
 licencia para que salga  
 al rebato en vuestro nombre,  
 y en vuestro nombre combata

## Ciego que apuntas y atinas

Ciego que apuntas y atinas,  
 Caduco dios, y rapaz,  
 Vendado que me has vendido,

Y niño mayor de edad,  
 Por el alma de tu madre  
 -Qué murió, siendo inmortal,  
 De envidia de mi señora-,  
 Que no me persigas más.  
*Déjame en paz, Amor tirano,*  
*Déjame en paz.*

Baste el tiempo mal gastado  
 Que he seguido a mi pesar  
 Tus inquiètas banderas,  
 Forajido capitán.  
 Perdóname, Amor, aquí,  
 Pues yo te perdono allá  
 Cuatro escudos de paciencia,  
 Diez de ventaja en amar.  
*Déjame en paz, Amor tirano,*  
*Déjame en paz*

Amadores desdichados,  
 Que seguís milicia tal,  
 Decidme:¿qué buena guía  
 Podéis de un ciego sacar?  
 De un pájaro ¿qué firmeza?  
 ¿Qué esperanza de un rapaz?  
 ¿Qué galardón de un desnudo?  
 De un tirano ¿qué piedad?  
*Déjame en paz, Amor tirano,*  
*Déjame en paz*

Diez años desperdicié,  
 Los mejores de mi edad,  
 En ser labrador de Amor  
 A costa de mi caudal.  
 Como aré y sembré, cogí;  
 Aré un alternado mar,  
 Sembré una estéril arena,  
 Cogí vergüenza y afán.  
*Déjame en paz, Amor tirano,*  
*Déjame en paz*

Una torre fabriqué  
Del viento en la raridad,  
Mayor que la de Nembrot,  
Y de confusión igual.  
Gloria llamaba a la pena,  
A la cárcel libertad,  
Miel dulce al amargo acíbar,  
Principio al fin, bien al mal.  
*Déjame en paz, Amor tirano,  
Déjame en paz*

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

